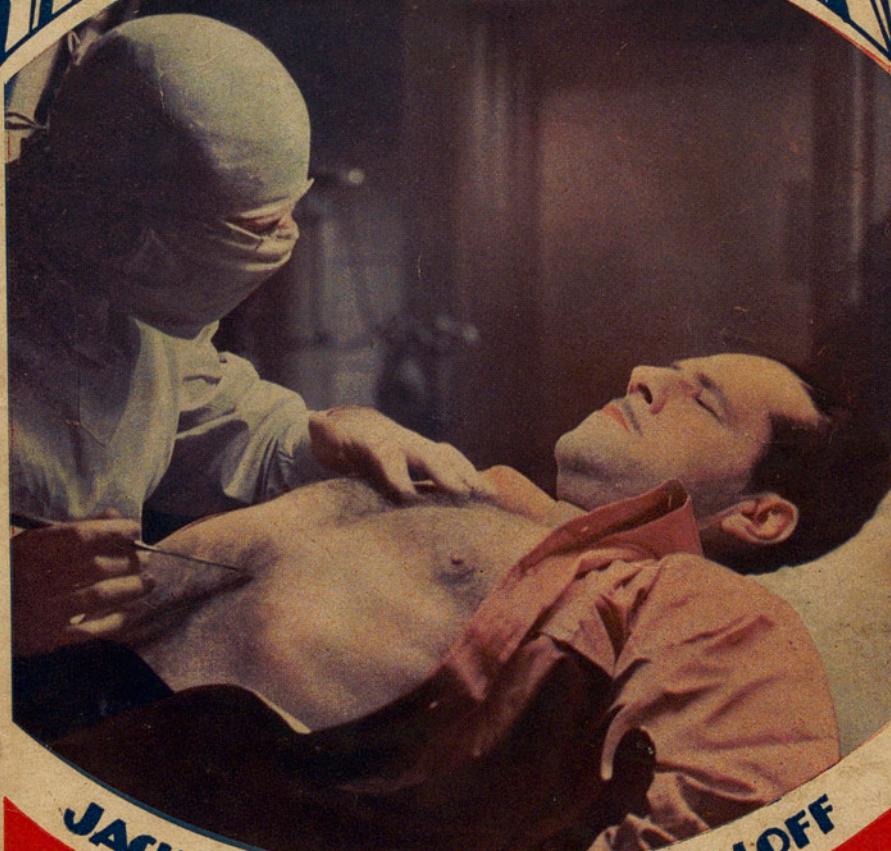


EXITOS CINEMATOGRAFICOS

TRAS LA MASCARA



JACK HOLT — BORIS KARLOFF

50

cts. EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ 10
BARCELONA

ARGUMENTO
COMPLETO

PF

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

AÑO I

Pasaje de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 18551. - BARCELONA

N.º 21

Tras la máscara

Intrigante producción dramática, interpretada por

JACK HOLT, BORIS KARLOFF, CONSTANCE
CUMMINGS, Claude King, Bertha Mann, Edward
Van Sloan, Willard Robertson, Tommy Jackson

Es un film de la prestigiosa marca

Columbia Pictures Corporation



Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 60 y 62

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Tras la máscara

Argumento de la película

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EL TRAFICO DE DROGAS

La civilización ha sublimado extraordinariamente la vida del hombre, pero es algo tan delicado al par que potente que, arma de dos filos, lo mismo reporta beneficios inmensos que calamidades terribles.

La civilización pone al alcance del hombre incontables recursos y posibilidades. La potencialidad de éste, en la actualidad, comparada con la de un hombre de hace veinte siglos, cuando Roma culminaba en una civilización refinada, es sencillamente prodigiosa. El hombre del siglo XX es más que un dios comparado con un emperador romano, dado el concepto amplísimo que tenían aquellos paganos de la potencia divina.

Si uno de los huéspedes del Olimpo experimentaba dolores, tenía que enviar a Mercurio, el mensajero de los dioses, en busca de la diosa Ilicia encargada de mitigar los sufrimientos que hasta a los mismos dioses alcanzaban.

Hoy, el hombre moderno, no necesita enviar un mensajero, puesto que dispone del telégrafo, del teléfono y de las ondas hertzianas, y no necesita la ayuda de una diosa, bastándole con una jeringuilla y unos centímetros de esa maravillosa droga, Ilicia moderna, que se llama morfina.

Potencialidad inmensa que hace del hombre moderno más que un dios mitológico, pero que es tan eficaz para el bien como para el mal.

Así, todos los maravillosos adelantos de la técnica, permiti-

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL

Aribau, 155

Teléfono 76307

dores de verdaderos milagros, tanto pueden ser utilizados para la vida como para la muerte. Para la curación, como para el envenenamiento. Para la paz como para la guerra.

Los vicios, consecuencia de la intemperancia humana y de la sed loca de placeres, han encontrado en la técnica moderna un auxiliar prodigioso. Los romanos, aparte de los vicios propios de la sexualidad y de la gula, solamente conocían la embriaguez del vino y aun tenían la costumbre de beberlo aguado.

Hoy, los vicios, además de las incontables bebidas diabólicas, que han culminado con las mezclas maravillosas preparadas en las coteleras con insospechados refinamientos, además del tabaco, además del café, además de otros numerosos excitantes, han encontrado en las llamadas drogas heroicas nuevos orígenes de placer vinculados en nuevos vicios que brillan esplendorosamente con las mil facetas de las posibilidades de la civilización, siendo tan fatales para el organismo cuanto engañosas con sus cantos de sirena.

El romano imperial únicamente podía emborracharse estúpidamente de vinazo o de sangre, en las tabernas del Transtiber o en el Circo. Hoy son conocidos ya los maravillosos paraísos artificiales que proporcionan placeres sublimes que solamente pueden ser alcanzados a costa de la salud y de la vida.

La fuerza dominadora de los estupefacientes es tan poderosa como la de la civilización que los ha inventado. La medicina descubrió el mágico poder de los derivados del opio vencedores del dolor. Con ello triunfó la civilización. Pero las apetencias desordenadas de los hombres nacidas del fondo de salvajismo que la civilización no ha logrado extirpar, encontró en tales anestésicos orígenes insospechados de placer. No bastaba ya con suprimir el dolor patológico: la vida es una mezcla rara de placer y de dolor fisiológicos y el hombre experimenta de continuo mil tenues dolores a los que está habituado su organismo y son aceptados como meras molestias soportables. Son como las sombras que hacen resaltar la luz dando el claro-oscuro de la vida. Pero los viciosos han encontrado que las inyecciones de morfina en plena salud, así como al enfermo lo alivian del dolor, al sano lo curan de esos dolores tenues y consuetudinarios, meras molestias fisiológicas, dejando al organismo en un estado de beatitud en el que solamente se experimenta el placer de vivir. Tal es el paraíso artificial que engañosamente mata, destruyendo la vida a cambio de una breve existencia antinatural en la que se reconcentra todo el placer fisiológico a cambio de la destrucción del organismo.

Los derivados del opio, de las hojas de coca, del cáñamo índico y de la marihuana en Méjico, todos son venenos activísimos que aniquilan la vida a cambio de una embriaguez deliciosa. Si su aplicación en la medicina constituye un brillante triunfo de la civilización, su utilización por los viciosos ha venido a ser una nueva lacra de la humanidad. Ya puede el hombre embriagarse, gracias a los progresos de la técnica, con refinamientos maravillosos, aunque a costa de una destrucción fulminante de su vida. Ya está la embriaguez a la altura de la radio-difusión, del cinematógrafo, de la aviación, de la televisión y del automovilismo.

Pero tales vicios, sobre el daño que a los vicios ocasionan, constituyen una verdadera enfermedad social. Su consecuencia es el incremento de la locura y de la criminalidad. Hacen desender la curva demográfica. Desorganizan la familia, base fundamental de la sociedad. Constituyen un verdadero peligro para la civilización.

Por eso la sociedad ha reaccionado contra tales vicios y ha considerado como un delito el comercio clandestino de tales drogas.

La legislación ha intentado ponerle remedio al mal. Todos los parlamentos de las naciones civilizadas se han apresurado a fabricar leyes restrictivas y en todos los códigos han aparecido nuevas figuras de delito. Se han establecido convenios internacionales. Ha sido necesario destinar agentes de policía especialmente a perseguir el tráfico clandestino de los estupefacientes.

Pero la civilización es en todo una extraña mezcla de contradicciones y la autoridad ha dejado ver una vez más su ineficacia. Ha sucedido algo parecido con lo de la ley seca de los Estados Unidos. La prohibición, las sanciones severas, la persecución policiaca, todos los métodos coactivos, lejos de acabar con el uso de los tóxicos, ha sido el origen de escandalosos negocios y de ellos han nacido esporádicamente los más horribles crímenes.

Naturalmente, cuanto mayor es la severidad de una prohibición, mayor es el apasionamiento que los viciosos ponen en su vicio y más cara tienen que pagar la droga prohibida, ya que son mayores los riesgos de los traficantes clandestinos.

Estos, al ver así la posibilidad de ganancias fantásticas, no han dudado en consagrarse al tráfico todas sus energías, no retrocediendo ni ante el crimen. De aquí ha nacido otra nueva complicación para la civilización actual y la lucha feroz de las pasiones que la caracteriza, codicias, egoísmos, ambiciones, ferocidad y violen-

cia, ha tenido un nuevo estadio en el que la policía se ha encontrado ante competiciones durísimas.

En España está prohibido el comercio de drogas. Pero la pena impuesta a los traficantes clandestinos es relativamente pequeña. Sin embargo, la cocaína, que cuesta unos ochenta céntimos el gramo, es vendida por los traficantes clandestinos, a causa de los peligros que la ley les hace correr, alrededor de treinta pesetas el gramo.

Calcúlese lo que ocurrirá en Norteamérica donde son severísimas las penas. Allí, quien introduce clandestinamente drogas estupefacientes en el territorio, es condenado a cadena perpetua. En tales condiciones, el precio de venta y las ganancias son fantásticos. Se trata de jugarse la libertad de toda la vida a cambio de una fortuna inmensa. Ante el peligro de ser descubierto, el traficante no retrocede ante el asesinato. El trabajo de la policía para la represión de dichos vicios es en extremo duro y arriesgado.

Esta novela presenta el aspecto feroz de esta lucha.

EN UNA CARCEL NORTEAMERICANA

Presentemos al lector una cárcel norteamericana.

La civilización también se ha aplicado a perfeccionar las cárceles. Ya no son, como antiguamente, mazmorras de rejas gruesas como puños, torres como la Bastilla. La civilización moderna lo transforma todo celosa de nuevas formas.

Naturalmente, en las cárceles modernas rigen los principios generales de la moderna civilización, de los que son los más esenciales la uniformidad, la estandarización y la convergencia de procedimientos. También han influido las ideas humanitarias llevando a las prisiones algo de higiene y de confort.

Una cárcel moderna es siempre un gran edificio capaz para encerrar a numerosos presos. Hasta existe una arquitectura carcelaria que atiende al trazar la planta de dichos edificios a centralizar la vigilancia y facilitar la victoria contra posibles motines. Las celdas se alinean en galerías convergentes a un centro, desde el que una sola ametralladora puede barrer a todos los revoltos.

Las celdas ya no son los calabozos tradicionales casi privados de luz, con un montón de paja por lecho, argollas y cadenas para sujetar al preso y un cántaro de agua y un pedazo de pan por toda alimentación. Hoy dispone cada celda de un camastro, de una banqueta, de una pequeña mesa y de una amplia ventana, aparte de agua y de evacuador de inmundicias.

Pero han sido tomadas todas las posibles precauciones para evi-

tar una evasión y las prisiones se encuentran rodeadas por varios muros sumamente altos, quedando los pasillos que existen entre ellos vigilados constantemente por centinelas armados y dispuestos a disparar contra quien intente evadirse.

La vida de los reclusos ha sido estudiada y metodizada con arreglo a las nuevas ideas, de manera que no decaiga su salud, pero a base de una severa disciplina.

Los presos se encuentran sometidos a un riguroso reglamento y así pueden ser manejados sin peligros incontables criminales de antecedentes terribles por unos pocos empleados. Los presos se encuentran sometidos a un régimen semejante al militar. Tras el rato que se les concede para tomar el aire libre en los patios, forman en filas obedeciendo las voces de mando como el más disciplinado batallón de soldados. La contemplación de tales escenas carcelarias maravilla y admira al dejar ver los milagros de que es capaz la disciplina y el método en su aplicación dominadora de una multitud de individualidades rebeldes y violentas. Los reclusos llevan el paso y la masa obedece como un autómata las voces de mando. Espectáculo que deja ver la fuerza inmensa de la sociedad imponiéndose sobre la voluntad rebelde de los inadaptados gracias a la poderosa arma de la organización y del método.

¡Cuántos de estos reclusos, que obedecen como borregos, son terribles criminales incapaces de retroceder ante el asesinato cuando las circunstancias les impelen a ello! Pero las fuerzas sociales organizadas son también otro prodigo de la civilización moderna y en la cárcel se encuentran dominados por algo mil veces más potente que ellos. Los carceleros son celosos defensores de la sociedad y, además, obran espontáneamente a impulsos del sentimiento de conservación. Ante la menor amenaza de los reclusos, no dudarían un momento en hacer uso de sus armas, seguros de su impunidad, y ante tal amenaza, el hombre más rebelde, el criminal más empoderado, se siente sojuzgado. La sociedad ha sabido aplicar a la cárcel los principios de la psicología, el conocimiento que ha logrado adquirir la ciencia moderna del corazón humano. La moderna civilización es inmensamente compleja y no es su mayor maravilla el empleo de las ondas hertzianas o de los motores de explosión.

Pero tal complejidad constituye, con sus compresiones despiadadas, un peligroso explosivo. Las masas de encarcelados constituyen una enorme suma de energías que la civilización trata de aislar, pero que puede, en ocasiones, integrarse en un todo orgánico. Las grandes cárceles pueden ser un gran peligro en deter-

minados momentos. La civilización es siempre una terrible arma de dos filos.

PROYECTOS DE EVASIÓN

En la cárcel que hemos presentado a nuestros lectores, durante el rato de recreo concedido a los reclusos en el patio, dos de estos hablan cautelosamente en voz baja.

Uno de ellos proyecta escaparse.

Llevan ya ambos seis meses de encierro y, durante ellos, se han hecho muy amigos.

Henderson espera con paciencia salir de la prisión, seguro de la influencia de sus amigos, mientras que el otro preso, Quinn, es más impaciente y está decidido a jugarse el todo por el todo.

¿Cómo simpatizaron tanto y se hicieron tan amigos? Henderson no sabría contestar a tal pregunta. Desde que se conocieron seis meses atrás, le fué Quinn sumamente simpático. Verdad es que se trataba de un criminal verdaderamente distinguido, no de uno de esos vulgares delincuentes que solamente merecen el desprecio.

Quinn era hombre fino, de extremada cultura. Circunstancias de la vida le habían llevado a la cárcel, a él que había pertenecido a una buena familia y había recibido una educación exquisita. A él que se había cubierto de gloria en la guerra mundial como oficial de la aviación. Realmente da gusto tratar con un hombre así y ser su amigo. El, Henderson, también poseía su cultura y gustaba de relacionarse con personas distinguidas.

Por otra parte, el hecho de ser aviador le hacía pensar a Henderson en que su amigo podía ser un excelente auxiliar para su banda. Por eso, en cuanto se enteró de su profesión, procuró estrechar con él amistad.

Ambos reclusos hablan sigilosamente y Henderson trata de disuadirlo, haciéndole ver los mil peligros que rodeaban su arriesgada empresa, pero Quinn estaba decidido a jugarse el todo por el todo.

Entonces Henderson, arrastrado por la simpatía de su amigo y, al mismo tiempo, creyendo servir los intereses de su banda, le indicó la dirección de uno de sus miembros adonde podría acudir si triunfaba en sus proyectos encontrando protección y quizás un buen empleo.

—Atiende bien — le dijo —. Se llama Arnold y vive donde te he indicado, muy cerca de la cárcel, al otro lado del río. Si logras escaparte, preséntate en su casa y pregunta por él. Bastará que le digas que te envío yo para que te acoja y te proteja. Tal

vez te haga él proposiciones para trabajar con nosotros y si las aceptas podrás ganar mucho dinero.

Quinn le escuchaba con gesto reconcentrado como sometido a una obsesión atormentadora, sin darle, al parecer, mucha importancia a sus palabras.

—Ojalá —siguió diciendo Henderson— no tuvieras tanta prisión en escaparte. Si aguardaras un poco, yo no tardaré en salir de aquí y haría también que te sacasen y yo mismo te presentaría a Arnold.

—No quiero aguardar más —contestó Quinn con voz reconcentrada y violenta—. Hoy mismo he de dar el golpe.

—Te digo que estás loco. Yo te aseguro que no tardaré en salir de aquí y sin correr ningún riesgo, despedido amablemente por el propio director de la prisión.

—Hace ya mucho tiempo que estás esperando salir de un momento a otro.

—Pero ahora va de veras. El jefe me sacará uno de estos días.

—¡El jefe! ¿Y quién es ese jefe?

—Si lo supiera no te lo diría. Pero nadie lo sabe y sólo logra averiguarlo quien intenta una traición, pero no sale con vida para poderlo contar. Precisamente nuestra fuerza está en este misterio.

—Esos son cuentos tárteros —replicó Quinn—. No aguardaré a que me saque de aquí un hombre que no existe más que en vuestras imaginaciones... Si esta noche no salgo con bien... mañana habrá en la prisión un cadáver... El mío...

Estas fueron las últimas palabras que cambiaron los dos presos, porque, terminado el recreo en el patio, formaron todos los reclusos y desfilaron para ser encerrado cada uno en su celda.

Durante el desfile, Quinn, aprovechando un momento de descuido, salió de filas escondiéndose detrás de una puerta, cuidando de no ser visto por los vigilantes y ni aun por los reclusos, pues ya es sabido que entre éstos abundan los "chivatos", los confidentes que se apresuran a denunciar a cualquier compañero esperando que sea premiada su traición con la benevolencia de los cerceleros.

Y, efectivamente, cuando evolucionó la formación situándose cada columna en su correspondiente galería, se abrieron las filas y debió quedar situado cada preso frente a la puerta de su celda, notaron los empleados que faltaba Quinn.

Como alguno de ellos había notado la amistad que unía al desaparecido con Henderson, acudió a interrogar a éste:

—Oye, tú—le dijo—. ¿Sabes algo de Quinn?
 —¡Quinn... Quinn...! ¿Dónde demonios he oído yo ese nombre? — respondió Henderson tratando de disimular.
 Entretanto, Quinn intentaba la aventura loca de huir de la prisión, pese a la extremada vigilancia.

LA CASA DEL DOCTOR ARNOLD

Mientras Quinn se jugaba la vida en la descabellada aventura de intentar huir de la prisión, conducímos al lector a la mansión del doctor Arnold, adonde Henderson le había aconsejado que se dirigiera si lograba realizar su plan.

Era un hotel edificado junto al río, en cuya orilla opuesta se levantaba el gigantesco edificio de la cárcel.

En una de sus habitaciones se encontraba Arnold preocupado. Realmente era muy peligroso el asunto en que se había metido, lo que le ocasionaba cavilaciones continuas. El tráfico clandestino de drogas heroicas le producía indudablemente una fortuna, razón que le había seducido y hecho ingresar en la banda aquella. Pero se sentía sumamente intranquilo, más que por el temor a la pena de cadena perpetua que estaba arrostrando, por otras muchas circunstancias misteriosas muy propias para ocasionar su intranquilidad.

Por lo pronto, el jefe supremo de la banda, para quien era la mayor parte de las ganancias y que aseguraba el éxito con su habilidad y con influencias poderosas, le era desconocido en absoluto, y solamente podía hacer presunciones más o menos lógicas sobre su personalidad.

Había visto salir de la cárcel a compañeros muy comprometidos, lo que demostraba la inmensa influencia del jefe. Seguramente se encontraban comprometidas personalidades muy importantes, ya que tales libertades podían ser fácilmente conseguidas. El dinero debía correr en abundancia comprando jueces y políticos. Pero todo ello, lejos de tranquilizar a Arnold, acentuaba su inquietud.

Porque el misterio en que el jefe supremo se escondía y la seguridad de las personalidades influyentes que los ayudaban, solamente podía ser sostenido gracias al terror y a tenebrosos crímenes que Arnold sospechaba y de los que casi tenía la certeza.

Tales crímenes repugnaban a su conciencia, ya que él, si bien era capaz de salirse de la ley codicioso de la riqueza para crearle a su hija un brillante porvenir, sentía inmensa repugnancia por el derramamiento de sangre.

Por otra parte, se veía sometido a una vigilancia rigurosa y

hasta temía ser víctima de los recelos del jefe, que no dudaba en sacrificar a los más adictos en cuanto sospechaba de ellos.

Por todas estas razones se encontraba inquieto y preocupado el doctor Arnold, cuando funcionó el timbre del teléfono, cuyo auricular descolgó poniéndose al habla.

Le llamaba por teléfono un policía y le dirigía preguntas que le llenaban de terror. La policía estaba, pues, sobre las huellas de los delitos y conocía su nombre y residencia. Por otra parte, se trataba de un policía con quien le unían ciertas relaciones de amistad. A sus requerimientos para que le manifestase el nombre del jefe supremo, tras de explicarle que le telefoneaba para evitar que una visita suya infundiese sospechas, Arnold respondió:

—No... no... No me haga usted esa pregunta.

—Arnold—le respondió el policía—. Si usted nos es franco, el Inspector le garantiza la libertad, y hasta está dispuesto a hacerlo por escrito.

—Nada, nada—respondió Arnold—. Además, ya sabe usted, Burke, que le tengo encargado que no me telefonee aquí.

—El fin se acerca—insistió el policía llamado Burke—. Usted lo sabe bien. Y cuando los atrapemos con las manos en la masa, con las drogas, querrá usted estar fuera. Esta es la ocasión y yo, como amigo, se la brindo. No desperdicie esta oportunidad.

—Yo no puedo decirle a usted nada. Me es absolutamente impos...

Y no terminó la frase, colgando el auricular rápidamente, al notar por un leve ruido que le estaban espiando.

Efectivamente, Edwards, el ama de llaves, aplicaba el oído a la puerta escuchando las palabras del doctor y desesperándose porque no podía oír las de su interlocutor, pero sospechando que se trataba de algo turbio.

—Edwards—le dijo Arnold abriendo la puerta y sorprendiéndola en su espionaje—. Si a usted le da lo mismo, podría yo hacer copia de mis conversaciones para ahorrarle el trabajo de espionar.

—No se moleste usted—respondió ella—. Yo hago lo que me mandan.

—No puedo soportar más el que me siga usted espiando—manifestó con gran energía el doctor Arnold.

—Usted sabe muy bien de quién recibo las órdenes—contestó ella.

Y Arnold bajó la cabeza sojuzgado con desesperación, mientras Edwards se marchaba solemne y entraba Julie, la hija de aquel hombre.

Julie era una muchacha encantadora, toda bondad y gracia, según lo dejaba ver con elocuencia su rostro encantador. Reparando en el gesto de mal humor de su padre, le preguntó inquieta:

—¿Qué te pasa, papá?

—Quisiera estrangular a esa vieja fisgona.

—¿Y por qué no nos vamos de esta casa en donde se nos espía?

—Eso quisiera yo... pero no puedo. No me pregantes el por qué.

—¿Cuánto ha de durar esto? — insistió la joven. — Siempre vigilándonos, espiándonos! — Y quiénes son esos tipos tan extraños que vienen por aquí?

—Estoy cogido en una trampa, Julie, pobre hija mía. A ese nadie se le escapa...

—¡Ese, ese! — Y quién es ese?

—Ahí está lo más terrible, hija mía. ¡Ese no sé quién es!

Y el pobre padre, arrastrado al crimen por la ambición de crearle a su adorada hija un porvenir, se veía ante ésta en una situación violenta, atemorizado ante un misterioso peligro y sin atreverse a confesarle a ella de lo que se trataba.

Mientras tanto, Edwards, la vieja ama de llaves, llamaba por teléfono a un número determinado y, sin esperar a que le respondiesen, sin escuchar palabra alguna de su interlocutor, murmuraba ante el micrófono:

—Edwards informa: Un hombre llamado Burke acaba de telefonear, sin que haya podido yo enterarme de lo que se ha tratado en la conversación, pero ésta era sospechosa, pareciendo como que Arnold se negaba a sus exigencias no aceptando un convenio que se le proponía. No tengo idea de quién pueda ser este Burke, pero sugiero que se investigue este asunto.

Al otro extremo del hilo telefónico había un aparato receptor, pero nadie escuchaba en él las palabras de la vieja ni las contestaba. En cambio, funcionaba un aparato automático y en un cilindro fonográfico eran registradas las palabras que llegaban por el hilo. El misterioso jefe supremo de la banda de traficantes en drogas, recibía así continuamente avisos de todos sus espías, sin necesidad de estar todo el día pendiente del teléfono ni confiar a nadie tan delicada misión. En cualquier momento podía hacer que los cilindros, análogos a los de los "dictáfonos" empleados en las casas de comercio, repitiesen cuanto habían recibido y registrado.

LLEGA EL FUGITIVO

¿Había logrado, entretanto, escaparse Quinn de la prisión? La empresa era árdua. Su ausencia había sido notada al ser

encerrados los presos en sus celdas, antes de que hubiese tenido tiempo de salir del edificio, de manera que no podía contar con imprevisiones ni descuidos. Y le era necesario franquear las numerosas puertas cerradas por gruesas rejas y con un vigilante en cada una, ya puestos todos sobre aviso. O escalar los altos muros y atravesar los pasillos que los separaban, en donde los centinelas vigilaban continuamente dispuestos a disparar sobre cualquier fugitivo. Además, sería registrada cuidadosamente toda la prisión. ¿Dónde podría esconderse hasta que las tinieblas pudieran ayudarle? ¿Cómo franquear los obstáculos y salir fuera? Realmente, como le decía su amigo Henderson, su plan era descabellado.

Sin embargo, nada más fácil de realizar, dadas las circunstancias del preso.

En cuanto todos los demás reclusos se encontraron encerrados en sus celdas, imposibilitados de enterarse de nada, Quinn abandonó su escondite y se dirigió al despacho del director, que lo recibió amablemente. Porque Quinn no era un preso ordinario, sino un policía que se había hecho prender para conseguir trazar amistad con Henderson y sonsacarle algo que le permitiera seguir las huellas de la banda.

Así había logrado trazar con él estrecha amistad y conocer la dirección de Arnold y hasta una recomendación para entrar a su servicio. Una vez metido en la banda como si fuese un criminal más, fácilmente conocería otros secretos que le pondrían sobre la pista del misterioso jefe supremo, de aquel ser fantástico desconocido hasta por los más caracterizados de sus cómplices y que osaba dirigir, de cuando en cuando, comunicaciones a la policía firmando con una enigmática K. Aquel misterioso Míster K no tardaría en caer en su poder.

Su evasión fué, por lo tanto, muy sencilla, y todas las rejas se abrieron a su paso, siendo saludado amablemente por los celosos guardianes.

Pero era indispensable dar colorido de veracidad a su comedia para inspirar confianza a los traficantes. Necesitaba inventar una comedia verosímil y hacer que la publicasen los periódicos. Así es que, tras de escribir él mismo la versión novelesca de su fuga y enviarla a la prensa, después de salir de la cárcel, llegó hasta la orilla del río y lo atravesó a nado. Necesitaba llegar a casa de Arnold mojado y con apariencia fehaciente de un verdadero fugitivo.

En la otra orilla, cerca de la casa a la que dirigía sus pasos, le esperaba un compañero, puesto ya en antecedentes de la trama.

—¿Eres tú, Corman? — le preguntó el fingido fugitivo desde el agua al divisarlo. — Ayúdame a salir.

—Vienes bien remojado — le contestó Corman ayudándole a salir—y está cayendo del cielo un verdadero diluvio.

—¿No te se ocurrió traerme un paraguas? — respondió Quinn bromeando.

—¿Temes disolverte como si fuieras de azúcar? Nos meteremos en aquella cabaña.

—¿He cambiado mucho en estos seis meses? — le preguntó a su amigo y compañero una vez estuvieron resguardados de la lluvia.

—Sigues tan guapo como siempre — le respondió éste siguiendo la broma—, y podrás seguir martirizando corazones femeninos.

—¿Han publicado los periódicos la información fantástica de la fuga que le hemos enviado?

—Sí, hombre, mírala aquí — le respondió Corman mostrándole un diario—. Y viene en lugar preferente, al lado de las noticias emocionantes de Peggy Joyce.

—¡Magnífico! Esto le da a la versión carácter oficial y no desconfiarán de mí los traficantes.

—¿Sabes ya cuál es su casa?

—Sí, aquí mismo, subiendo esta cuesta. Pero la lluvia estropea un poco mis planes, porque, aunque llegue hecho un sopa, no se sabe si es que he atravesado a nado el río o que he resistido el chaparrón, de manera que hay que buscar otro truco.

—¿Cuál?

—¿Tienes ahí la pistola? Bueno: pégame un tiro aquí, en el brazo.

—¿Para qué?

—Como son traficantes en morfina, podré mostrarles el pinchazo de la aguja...

—Pero estás loco?

—¡Dame la pistola! — exclamó imperativamente apoderándose de ella.

—Después, tras de aplicarla sobre su brazo, disparó, atravesándoselo, y le dijo luego a su compañero.

—Ahora, mientras corro, continúa disparando, aunque procurarás no darme.

Y el falso Quinn, el policía cuyo verdadero nombre era Hart, corrió hacia la casa de Arnold perseguido a tiros por Corman, penetrando en dicha mansión, que ya nos es conocida, pistola en mano, por una de sus ventanas.

LOS POLICIAS TRABAJAN

El policía Hart, el falso Quinn, entró por la ventana pistola en mano, encontrándose frente a Julie, la hija del doctor Arnold que lanzó un pequeño grito de sorpresa y de temor.

—Perdóname usted, señorita — le dijo amablemente, deslumbrado por la belleza de la joven—. Siento haberla asustado contándome aquí así de improviso...

Luego, como ella hiciera ademán de acercarse al timbre para hacerlo sonar pidiendo ayuda, él le imploró:

—¡No haga usted eso! Si usted pide socorro, estoy perdido sin remedio.

—Entonces deje usted de apuntarme con ese revólver...

—Tiene usted razón, perdóname... ¡Estoy tan nervioso!

—¡Oh, pero está usted herido! — exclamó la joven viendo que hacía un gesto de dolor y que caían al suelo algunas gotas de sangre.

Y la joven se apresuró a cuidarlo, mientras Hart se sentía profundamente emocionado al contemplar su belleza y recibir su cariñoso cuidado.

Pero, entretanto, habiéndose dado cuenta de que allí había alguien, el padre de la joven y la sirvienta Edwards acudieron, cuidando Julie de esconder al joven, temerosa de que lo denunciaran a la policía, porque ella se había interesado también mucho por su simpatía y por la gallardía de su figura.

—He oido voces — le dijo el padre —. ¿Quién estaba aquí contigo?

—Nadie — se apresuró ella a contestar —. Seguramente habrá sido la radio.

—¡Aquí hay alguien! — exclamó severamente Edwards —. Debe haber entrado por esa ventana y ella lo oculta.

Mirando escamadamente alrededor, divisó Arnold los pies de Hart, oculto tras de una cortina y, sacando una pistola, se le acercó:

—No se mueva usted porque le estoy apuntando al corazón.

—Pues apunte usted abajo, amigo mío — le respondió bromeando el policía —, porque lo tengo en los talones.

—¿Qué hacía usted aquí, en mi casa?

—Será mejor que nos quedemos solos.

—Lo que será mejor es avisar a la policía.

—A usted no le conviene que venga.

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted ha oido, mister Arnold.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿Quién le dijo que viniera aquí?

—Un tal Henderson. Me parece que usted debe conocerlo.

Al oír aquello, Arnold se guardó la pistola en el bolsillo y, cambiando de tono, respondió:

—Quizás hablemos mejor en mi despacho.

Y hablaron a solas, logrando el policía engañarle y aceptando sus ofrecimientos de ingresar en la banda. Verdad es que el truco había sido hábil y gracias a la Prensa se había ya popularizado el nombre de Quinn como el de un peligroso bandido sumamente valiente. La herida del brazo era otro comprobante más que contribuyó a engañar al padre de Julie.

Mientras que Hart lograba así introducirse en el corazón del enemigo, dispuesto a descubrir todos sus secretos, el inspector recibía parte de Corman dándole cuenta de cuánto había pasado, y Burke se congratulaba de que pronto logaría averiguar quién era mister K.

—Con él en casa de Arnold y yo fuera, seguramente haremos trabajo de provecho—le decía al inspector.

—Ya va siendo tiempo—le respondió éste—. ¿Cuánto tiempo hace que te ocupas del asunto?

—Hace ya largo tiempo, pero las huellas se aclaran y espero que muy pronto...

—¿Detendrás a mister K.?

—No digo tanto, pero al menos lograré saber quién es.

—Me han dado cuenta de que Henderson abandona la prisión mañana.

—Otro más que vigilar. Yo me encargo de ello, capitán.

PERO LOS BANDIDOS NO SE DUERMEN

Cuando salió el día siguiente Henderson de la cárcel, le estaba esperando Burke y lo siguió cuidadosamente. El antiguo compañero y amigo de Quinn, sin pasar por casa de Arnold, se fué directamente a casa del doctor Steiner, otro de los jefes, más caracterizado aun que aquél, aunque sometido a su vez, como todos, al enigmático y misterioso jefe supremo, aquel K. desconocido para todo el mundo.

Este doctor Steiner era viejo y usaba alborotadas barbas algo raras.

—¿Qué tal, doctor?—preguntó al entrar—. ¿Cómo le va al especialista en gargantas?

—Con qué placer operaré algún día en la suya, Henderson!



—No quiero esperar más. Hoy mismo he de dar el golpe.



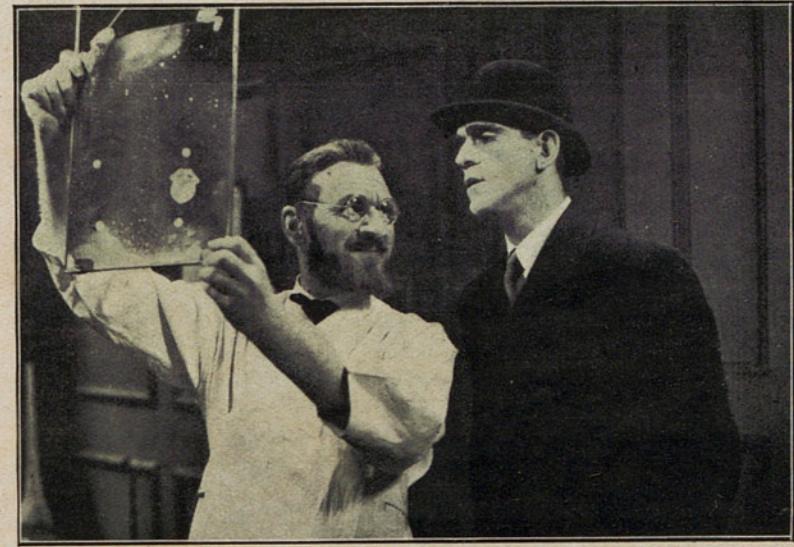
... aplicaba el oído a la puerta...



—Esto le da a la versión carácter oficial y no desconfiarán de mí los traficantes.



—Siento haberla asustado...



—... es un policía.



—Un vapor de carga se encuentra en este puerto.



—Creí que jamás te volvería a ver.



—¡Narcóticos! — exclamó Hart —. Por lo visto tienen repleto el cementerio.

—le contestó el jefe sarcástico y burlón, añadiendo—: ¿Qué tal pasó sus vacaciones en la cárcel?

—Ahora que me habla de esto, deseo averiguar por qué el patrón permitió mi detención y me ha tenido allí tanto tiempo.

—Fué él precisamente quien lo hizo encarcelar.

—¿Cree usted que fué obra suya?

—Lo sé perfectamente, así como que le proporcionará otros disgustillos si no se enmienda usted. Sé que lo tiene usted disgustado.

—¿Pero qué he hecho yo?

—Es usted muy preguntón. Demasiado curioso.

—Hace ya cinco años que le sirvo y deseo saber quién es.

—Yo hace mucho más tiempo y lo ignoro y... si logra usted averiguar quién es, le advierto a usted como médico que su salud correrá mucho peligro. —Ha visto usted a Arnold?— añadió.

—No; he venido directamente desde la cárcel aquí.

—El pobre está algo enfermo. Creo que durará muy poco, por lo que va usted a reemplazarlo. Vaya usted a su oficina inmediatamente, y explíquese a él. Dígale que yo le encargo de ocupar su puesto, porque sé que está delicado de salud.

Oyéndolo, se estremeció Henderson. Sabía lo que tales palabras significaban. En aquella banda, quien se hacía sospechoso moría irremisiblemente. Y el doctor Steiner bromeaba con aquello de una manera siniestra, con su risita de conejo...

—Doctor—anunciaron—. Un señor espera en la antesala.

—Debe ser un paciente.

Henderson miró por la puerta entreabierta y reconoció a un tipo que le había venido siguiendo y que no era otro que Burke.

—Pues debe proceder de la prisión, porque ha venido conmigo en el mismo tranvía—comunicó algo escamado.

El doctor Steiner le hizo pasar y, en su presencia, se despidió de Henderson, diciéndole para disimular:

—Haga que le preparen la receta y creo que bastará. Vuelva de todos modos el viernes.

Luego, con la excusa de anotar sus observaciones, pudo hablarle aparte y le dijo:

—Espéreme en el cuarto oscuro.

Después, dirigiéndose al policía manifestó:

—Veamos qué es lo que tiene usted.

—No lo sé, doctor. Me he sentido de repente algo enfermo y se me ha ocurrido entrar a consultarle a usted.

—Parece usted nervioso y preocupado. Pase usted aquí y le examinaré con los rayos X.

Y, sometiéndolo a la radioscopía, en la pantalla fosforescente de un potente aparato, el doctor Steiner pudo apreciar inmediatamente la enfermedad que le aquejaba, al ver cómo se pintaba en la pantalla la insignia de policía que llevaba escondida bajo su americana. En su cara apareció una nefastamente sonrisa y, burlón, manifestó a su cliente, el policía fingido enfermo:

—Creo que es poca cosa, pero le cuidaremos. Está usted muy nervioso y ha hecho bien en subir.

—¿Qué tengo?

—Aunque se trata sólo, según parece, de un desarreglo nervioso—le contestó Steiner sonriendo burlón—, puede tratarse de algo que haga peligrar su vida. Me parece que usted se consagra con demasiado ardor a su trabajo, y eso puede ser para usted muy peligroso. Tal vez le convenga a usted descansar. De todos modos, vuelva usted por aquí mañana a las once y le examinaré más detenidamente.

Cuando se marchó el policía, convencido de que se encontraba sobre la buena pista, al enterarse de que Henderson había ido directamente desde la cárcel a casa del doctor, éste le dijo a Henderson:

—Henderson, es un policía. Lo he citado aquí mañana a las once. Es indispensable que se asegure usted de que no podrá venir.

—Descuide usted. Yo me encargo de ello. Puede usted estar seguro de que no vendrá como no sea en espíritu, porque los muertos tienen que estarse quietos y no pueden ir adonde quieren.

OTRA NUEVA VICTIMA

Burke, el policía, tras de haber seguido a Henderson y ser reconocido por el doctor Steiner, creyó encontrarse sobre la buena pista y le telefoneó en dicho sentido al inspector, capitán Hawkes. Por teléfono no se atrevió a ser más explícito, dándole únicamente el notición de que creía poder resolver pronto la incógnita y ofreciéndole que aquella tarde a las cuatro iría personalmente a visitarle para darle cuenta de sus averiguaciones.

Con tal motivo, Hawkes reunió en su despacho a la Junta de asistencia ciudadana, formada por las fuerzas vivas de la población, para la lucha contra el tráfico de estupefacientes, según costumbre muy arraigada en los Estados Unidos, Junta que, aparte de su apoyo moral, facilitaba los recursos necesarios para continuar la lucha.

Se encontraba, pues, reunida la Junta esperando a Burke, quien

tardaba en presentarse, por lo que el capitán habló de esta manera:

—Lo siento, caballeros. Les he reunido para poder darles excelentes noticias, ya que uno de mis mejores detectives me ha telefoneado que estaría aquí a las cuatro para darme cuenta de importantes descubrimientos, que no se atrevía a confiar a los hilos del teléfono. Este policía, Burke, se ha retrasado ya cerca de una hora, lo que me extraña por ser sumamente puntual, pero supongo que no debe tardar.

Después dirigió al comité palabras alentadoras de agradecimiento:

—El Departamento de Policía agradece, señores, muchísimo la ayuda que le viene prestando la Junta de que ustedes forman parte y esperamos, gracias a dicha ayuda, terminar con el infame tráfico de drogas.

—Ya sabe usted—le contestó el presidente—que la autoridad puede contar siempre con nuestra desinteresada ayuda.

—Usted, doctor Munsell, como presidente—le respondió el capitán—, ofreció la importante recompensa de veinticinco mil dólares para quien descubriera a ese misterioso misterio K. y espero que muy pronto tenga que desembolsar dicha suma.

—Crea usted que lo haré con sumo gusto, capitán.

—Hasta ahora hemos trabajado a ciegas, sabiendo únicamente que el hombre contra quien luchamos es poderoso... astuto... implacable... y se encuentra rodeado del mayor misterio, siendo realmente muy difícil luchar contra una sombra, contra un fantasma. Tres hombres nos ha asesinado ya y es natural que pongamos nuestro mayor esfuerzo en descubrirlo.

—¿Pero no existen ni siquiera sospechas sobre quién pueda ser?—preguntó el doctor Munsell.

—Seguramente tiene Burke el hilo de la intriga y, aunque se ha retrasado mucho, no puede tardar en acudir y lograremos conocer sus sospechas.

Como llamasen en tal momento a la puerta, el capitán, antes de autorizar la entrada, manifestó:

—Seguramente es él.

Pero, en lugar de entrar Burke, lo hizo un recadero, que entregó en manos del capitán una pequeña cajita. Este la abrió y de dentro extrajo una placa insignia de policía y un papel escrito que decía:

“Le acompañó el escudo de Burke. Ya no lo necesita porque tuvo la desgracia de descubrir a

K.”

El capitán Hawkes palideció intensamente y luego, con voz tétrica manifestó a la Junta:

—¿Les había dicho que habían asesinado tres de nuestros hombres? Con éste ya van cuatro. Burke ha caído también.

LAS COSAS SE COMPLICAN

El policía Hart, con el nombre de Quinn, se encontraba al servicio de Arnold como chofer, en atención a la recomendación transmitida desde la cárcel por Henderson. Se encontraba en la guardia de los criminales esperando descubrir la trama completa de un momento a otro, pero, al mismo tiempo, puesto en contacto con Julie, aquella encantadora muchacha, se había enamorado locamente de ella, siendo, por lo demás, correspondido, aunque tales amores recíprocos no se hubiesen exteriorizado mediante una declaración formularia.

Así es que aquella mañana sostenía con ella una conversación animada en la que se quejaba del oficio de chofer, por el que sentía poca vocación si no era para llevarla a ella en su coche, así como se condolía tristemente de la desgracia que se cernía sobre aquella casa. En una semana ya había tenido que asistir al entierro de tres miembros de la banda. El misterioso misterio K. no se andaba con chiquitas y en cuanto sospechaba de uno de los suyos, lo hacía suprimir.

El se daba perfectamente cuenta de lo que sucedía y sentía una pena inmensa al pensar en ella, así es que decidió afrontar la situación con toda franqueza y en su conversación intercaló estas palabras:

—Déjeme ayudarla, Julie. Me salvó usted de la cárcel, y quiero yo salvarla de la cárcel también. Porque esta casa es una cárcel para usted y para su padre, y la carcelera es Edwards. Usted vive en un terror constante. ¿Quiere usted que le ayude?

Llegó en esto el padre y Edwards le dijo:

—El despacho está abierto, mister Arnold. Lo abrió mister Henderson.

Salió, efectivamente, Henderson del despacho, saludando:

—Ya sabía que estabas libre—le manifestó a Quinn.

—Y yo también sabía ya que tú habías salido — respondió éste.

—Sí, y sin arriesgar la vida. Todo depende de tener buenos amigos. ¿Te ha tratado bien el amigo Arnold?

—Muy bien, pero no me tira el oficio de chofer.

—Ya verás tú lo que te tengo reservado. ¡No te podrás quedar!

Luego, dirigiéndose a Arnold, le manifestó:

—El doctor Steiner le espera a usted a las cuatro.

—¿Quiere usted decir que me reemplaza?

—Sí, señor, y yo le substituyo. Para eso quiere verle. Puedo decirle a usted en secreto que le reserva algo mucho mejor.

—Bueno—respondió Arnold—. En tal caso se hará usted cargo del envío esperado y en este cajón encontrará usted los planos.

—No se moleste usted. Estoy perfectamente enterado de todo —le dijo Henderson despidiéndolo y acompañándolo hasta la puerta. Después, en tono confidencial, le manifestó a su amigo Quinn:

—¿Creerías tú al verlo que Arnold está dando las boqueadas?

—Pues no parece que esté tan enfermo.

—¿Tú conoces a esa mujer que pasa por ama de llaves?

—¿La Edwards?

—Sí. Pues realmente es una enfermera encargada de cuidar a Arnold en los últimos días de su mortal existencia.

—¿Pero qué es lo que tiene?

—¡Oh! Lo más grave entre nosotros. La lengua demasiado larga.

Quinn, al escuchar aquellas palabras, recibió una penosa impresión pensando en la pobre Julie, pero su interlocutor le disimuló inmediatamente de ella diciéndole:

—Desde hoy trabajarás a mis inmediatas órdenes.

—Me alegro, porque así podrás hacer buenas tus palabras y tus ofrecimientos de hacerme ganar mucho dinero.

—A eso precisamente vamos. Mira—añadió mostrándole un plano—. Un vapor de carga se encuentra en este punto, anclado a doscientas millas de la costa. Tú te llegarás a él en un aeroplano y transportarás los bultos que te entreguen a este otro punto, donde te esperaremos sobre una petrolera. Por tan poco trabajo cobrarás diez mil dólares. ¿Te interesa o no?

—Por diez mil dólares—respondió Quinn—soy yo capaz de volar del Polo Norte al Polo Sur con el avión cargado de dinamita.

Tras de esta conversación, se marchó Quinn y entró en el despacho el doctor Steiner, con sus barbas ralas y su mefistofélica sonrisa.

—¿Quién es ese hombre?—le preguntó a Henderson.

—Es Quinn, el que traerá el alijo en el aeroplano. Lo conocí en la cárcel y es una gran adquisición. Fué aviador en la gran guerra y es muy valiente, como lo demostró fugándose de la prisión...

La risa sarcástica del doctor se dejó oír seguida de estas palabras:

—Ha sido un gran error el sacarlo a usted de la cárcel. ¡Tonto, idiota! ¡Cuánto siento que no le haya dejado a usted pudrirse allí!

—¿Pero qué he hecho yo?

—¡Casi nada! ¡Usted ha manejado el asunto maravillosamente! ¡Ha encargado a un agente de policía de que traiga en avión veinte mil duros de drogas!

—¿Se está usted burlando de mí?

—¡Seis meses en la cárcel con él! ¡Cuántas cosas le habrá sonsacado! ¡Cuántas cosas habrá averiguado en casa de Arnold!

—¿Pero cómo sabe usted que es de la secreta?

—Lo sé y basta.

—Pues si está usted seguro de que es un espía, no se ha perdido nada. Ya me encargo yo de eliminarlo antes de que emprena el vuelo.

—¡Espere usted, hombre!—exclamó el doctor riendo sarcásticamente—. Piense usted en Burke. El sabía lo suficiente para arrestarlo a usted y para arrestarme a mí. ¿No es cierto? Pero él buscaba otra cosa. Algo más alto. Una persona de mayor importancia. Nuestro misterioso jefe supremo. Míster K. Y Quinn está decidido a buscar a la misma persona. ¡No estaría mal que la misma policía nos ayudase a introducir las drogas!

—Es una idea magnífica.

—¡Cállese usted! Nos valdremos de Quinn. Le permitiremos regresar con el avión y las drogas... Pero jamás darle cuenta de todo al capitán.

Después, riendo con su risita de conejo, añadió:

—Yo mismo iré a ver a Hawkes a darle las gracias y le pediré que nos facilite más agentes.

UN CORAZON DESHECHO

Poco después se despedía Quinn de Julie, sintiendo profunda pena al tener que separarse de ella dejándola entre aquellos bandidos. Así es que insistió en sus consejos:

—Tengo que recordarle a usted lo que le dije. Debería usted apresurarse a escaparse de aquí llevándose a su padre. Este se encuentra mezclado en un negocio arriesgadísimo, el contrabando de drogas, y usted no ignora que corre graves peligros. Pero lo que usted no sabe es que sus compañeros le tienen mala voluntad y le preparan alguna celada. Yo le aconsejo que huya usted con él inmediatamente.

En esto entró Arnold y Quinn se marchó, diciéndole antes:

—Estaba despidiéndome de Julie, a quien me atrevía a darle un consejo. Pero no puedo esperar más y me marchó.

—¿Qué le has dicho a ese hombre?—preguntó con ansiedad el padre.

—Nada que él ignorase, pero, en cambio, él me ha dicho algo que yo no sabía. Me ha hablado de tu negocio de drogas y de los peligros que corres.

—¿Conque te habló de mis negocios? Pues yo también puedo contarte de él algo muy interesante. No se llama Quinn, sino Hart y es policía. Un espía descubierto por Steiner. El mismo me lo ha dicho.

—No me importa lo que sea. El quiere ayudarnos y va en ello tu vida. Cuando regrese nos ayudará.

—No regresará nunca. Lo han enviado a traer unas drogas en un avión y va confiado, ignorante de que ha sido descubierto.

Aquella noticia repercutió dolorosamente en el corazón de Julie, que se dió clara cuenta de cuánto lo amaba. Con impetu preguntó:

—¿De dónde parte el avión?

Su padre no quería contestarle y ella le reveló que estaba condenado a muerte por la banda y que gracias a él lo sabían y podrían intentar escaparse. Ella lo arreglaría todo sin despertar sospechas, pero antes exigía el conocimiento del punto de partida para poder prevenirle. Para salvar su vida, como él salvaba la de Arnold. Por fin el padre accedió a darle a conocer el punto de partida y la joven salió a toda marcha en automóvil hacia el muelle aeromarítimo de Long Island.

Deveró los kilómetros presa de una horrible fiebre de impaciencia, temerosa de llegar tarde, de no poder avisarle del peligro que corría, de abandonarlo a la feroz venganza de aquellos bandidos. Corrió locamente hasta el fondeadero del hidroavión... y llegó cuando su novio acababa de despegar y se dirigía volando hacia la muerte...

El corazón de la joven quedó materialmente deshecho de desesperación, de dolor. ¡Amaba tanto a aquel joven y estaba tan segura de ser igualmente amada por él!

UNA BUENA JUGADA

Hart, con su pericia de aviador, voló alegre y confiado doscientas millas mar adentro, alejándose de las costas, hasta descubrir el barco que conducía las drogas. Se posó magistralmente en el

agua junto a él y cobró un cable que le arrojaron de la embarcación, abarloando.

Luego dió el santo y seña convenido, y el capitán le entregó los paquetes que contenían los tóxicos. Unas latas cuidadosamente soldadas, de un peso relativamente insignificante y que contenían una fortuna, dado el precio altísimo de cotización en el mercado clandestino.

Luego despegó y cruzó raudo el aire hacia la costa. Si hubiese dirigido su vuelo hacia los muelles y entregado a los suyos los paquetes hubiera realizado un importantísimo servicio, pero él lo que pretendía era descubrir al jefe misterioso y, para ello, debía acudir al sitio convenido, entregando el contrabando a los contrabandistas, para poder seguir mereciendo su confianza, ignorante de que había sido descubierto.

Así es que voló hacia la gasolinera, en la que le esperaba Henderson, y realizó el trasbordo de los paquetes de drogas.

Su amigo le manifestó que habían notado una extremada vigilancia por parte de las fuerzas aduaneras y que era muy peligroso que el avión regresase a su punto de salida. Seguramente había sido observado su vuelo y se sospechaba de él. Si volvía, seguramente sería detenido al llegar.

—¿Qué haremos entonces?

—Destruir el avión que, al fin y al cabo, es alquilado.

—¿Le prendo fuego?

—No, porque llamaría la atención. Tengo un plan mucho mejor. Vuelves a emprender el vuelo y ya en el aire, abandonas el avión en un paracaídas dejándolo que se pierda. Nosotros acudiremos a recogerte y te daremos los diez mil dólares que se te han ofrecido.

—Nunca he ganado tanto dinero con tan poco trabajo—dijo el joven, volviendo a remontarse.

—Apenas le veamos saltar en el paracaídas—dijo Henderson a los cómplices que le acompañaban en la lancha—nos alejaremos rápidamente de él y nadie volverá a saber más del policía. Así tratamos nosotros a los traidores, y ha sido una idea excelente la de Steiner, haciendo que la policía nos ayude en nuestras operaciones y ahorrándonos los diez mil dólares que le habíamos de haber dado.

Efectivamente, ya una vez bastante alto el avión, para tener la seguridad de un buen funcionamiento del paracaídas, se vió cómo éste se desprendía del aeroplano que continuaba su rumbo torpemente, como desprovisto del mando de un hábil piloto.

Y, mientras el paracaídas descendía, la gasolinera se alejaba

a toda marcha, dejando abandonado al aviador, que perecería indudablemente ahogado, ya que no se veía ningún barco que pudiese acudir en su auxilio.

Los bandidos reían satisfechos. Había sido una jugada magnífica.

Míster K. estaría seguramente satisfecho de ellos.

GRATISIMA SORPRESA

El día siguiente se presentaba en la inspección de policía Julie, la hija de Arnold, y solicitaba hablar con el capitán Hawkes.

Este, informado de quien era, la hizo pasar inmediatamente.

La joven estaba sumamente nerviosa y, con palabra entrecortada, dijo:

—Sé que arriesgo la vida de mi padre y la mía viéndome aquí, pero es preciso. Intenté salvar su vida ayer, pero llegué tarde. Se trata de Hart, un agente a sus órdenes que estaba en mi casa disfrazado y con el nombre de Quinn.

—Tranquilícese usted un poco, señorita, y explíqueme de qué se trata.

—Estaba en casa para espiar a los traficantes de drogas, pero éstos descubrieron quién era y lo condenaron a muerte. Lo enviaron en aeroplano a buscar un alijo y decidieron matarlo en cuanto realizase el servicio. Desdichadamente, me enteré yo tarde y, aunque corrí en automóvil al punto de salida para prevenirle, cuando llegué ya había partido. Ahora ya es todo inútil. El desdichado ha muerto—exclamó Julie desesperadamente.

—Siento mucho tener que contradecir a una dama—exclamó detrás de ella una voz conocida.

Y, volviéndose Julie, reconoció con inmensa alegría a su adorado Hart, que se había salvado de manera milagrosa y que le sonreía enamorado, loco de placer al haberse podido enterar de lo que ella había sido capaz de hacer por él.

Ambos jóvenes se unieron en apretado y tierno abrazo.

—Pero eres tú, Quinn?

—Yo mismo, mi palabra de honor.

—Creí que jamás te volvería a ver.

—Por lo visto estorbo yo aquí—exclamó malhumorado el capitán.

—Perdónenos—le dijo Hart—, pero ya le explicaré... Como ya sabe usted, capitán, he pasado unos días en casa de miss Arnold y usted se dará fácilmente cuenta de que es imposible vivir cerca de ella sin...

—No me interesan sus asuntos privados.

—Tiene usted razón. Vamos a mi viajecito en avión. Tal vez den cuenta los periódicos del hallazgo cerca de la costa de un muñeco suspendido de un paracaídas. Mi excelente amigo Henderson me sugirió la idea de saltar del avión en paracaídas y luego viró sin recogerme.

—Sí—saltó ella—. Todo estaba preparado para tu muerte antes de que salieras.

—Ya me lo imaginaba yo y tuve la precaución de soltar con el paracaídas un pelele con una lata de esencia. Usted comprenderá, capitán, que no podía resignarme a morir de aquella forma, cuando tenía la esperanza de ser feliz al lado de mis Arnold...

—Bueno, bueno—atajó el capitán—. Ha hecho muy bien en venir miss Arnold y le estamos muy agradecidos, pero su padre se encuentra complicado en los delitos de la banda y no veo manera de salvarlo...

—No vengo a solicitar clemencia para él—respondió la joven, —sino a solicitar que lo detengan, como única manera de salvar su vida. El desea retirarse y sus cómplices lo han condenado a muerte.

—Está bien—dijo el capitán—. Usted mismo, Hart, queda encargado de detener a míster Arnold.

DEMASIADO TARDE

Acudió Hart rápidamente en automóvil a detener a Arnold, acompañado de Julie, como única manera de salvaguardar su vida contra las asechanzas de sus cómplices, pero llegó a su casa demasiado tarde, recibiendo en ella la noticia de que el padre de Julie había enfermado repentinamente y había sido trasladado al hospital. Así lo indicaba una nota que había dejado escrita para la joven la infernal Edwards.

Corrieron ambos rápidamente al hospital, donde no les dejaron entrar, manifestándoles que no podían ver al enfermo porque en aquellos momentos estaba sometido a una intervención quirúrgica. También les manifestó la enfermera que atendía la portería que podían esperar en un banco y ellos aprovecharon un descuido para colarse dentro.

Con horrible sorpresa presenciaron cómo una camilla sobre ruedas salía del quirófano conduciendo un cadáver. El del padre de la joven. Tenía razón el infame Henderson. Arnold estaba gravísimo por tener la lengua demasiado larga. El doctor Steiner le había operado, lo que significaba, sencillamente, que le había asesinado implacablemente tras de anestesiarlo.

La triste hija y su novio pudieron ver salir al doctor tras de cometer su crimen.

El doctor no vió a ambos jóvenes, pero sí alcanzó a hacerlo Edwards, que le servía de fiel enfermera siempre que se trataba de un caso parecido. Y aquella bruja, inmediatamente, se agarró al teléfono, estableció comunicación con el misterioso míster K. y telefoneó:

“Edwards informa: El plan se ha frustrado. Quinn no ha sido eliminado. Estuvo en el hospital apenas terminada la operación. Sugiero que se le avise inmediatamente a Henderson.”

SE APROXIMA EL FINAL

El día siguiente, tras de haber acompañado Hart y Julie el cadáver de Arnold hasta el cementerio, instaló aquél a ésta en una fonda y le encargó mucho que no saliera para nada de la habitación, en la que debería hacerse servir la comida.

Luego, tras de comunicar telefónicamente con el inspector de policía, sospechando vivamente del doctor Steiner, tras de haber podido comprobar que era, en su clínica, ayudado por Edwards, el verdugo de la banda, decidió realizar una exploración en su domicilio y penetró cautelosamente en su laboratorio.

En él se encontró ante un misterioso y complicado aparato.

Sonó el timbre correspondiente a una llamada telefónica, y el aparato comenzó a funcionar automáticamente, registrando el mensaje de un cilindro fonográfico.

Los mensajes se repetían. Aquel método de información y enlace funcionaba incesantemente, recibiendo los informes de los numerosos miembros de la banda esparcidos por toda la ciudad.

Hart contempló un rato su funcionamiento y pudo vez cómo iban registrándose allí instrucciones para las operaciones próximas, noticias sobre la vigilancia a que era sometido el depósito central y sugerencias sobre la conveniencia de paralizar las actividades un poco en vista del peligro circunstancial de aquellos días.

Luego, se apoderó de los cilindros, y marchó con ellos a la inspección, dándole cuenta al capitán Hawkes de su hallazgo.

—He tardado algo en venir—le dijo—porque he estado cometiendo un robo. El de estos cilindros en los que hay registrados numerosos mensajes telefónicos.

Colocados los cilindros en un dictáfono, fueron repitiendo sus palabras y la horrible trama fué poco a poco apareciendo en su vil desnudez.

—Esos son los informes—dijo Hart—hechos por los miembros

de la pandilla de míster K. y recibidos en el laboratorio del doctor Steiner, cuyo domicilio me he tomado la libertad de registrar.

—El mismo doctor Steiner debe ser míster K.—respondió el capitán.

—¿Quién puede saberlo?—replicó Hart—. Pero, de todos modos, me parece indicado detenerlo.

—No hay pruebas bastantes y el juez no firmará la orden de detención.

—Pero hay otro motivo que podremos utilizar si obramos con presteza—respondió el policía—. El doctor Steiner ha asesinado en su clínica a míster Arnold y podremos comprobarlo desenterrando su cadáver y encargando de su autopsia al doctor Munsell, presidente del comité de asistencia ciudadana, persona de toda confianza, ya que ha ofrecido una prima considerable para quien descubra a míster K.

—Pues vamos a ello inmediatamente.

Se movilizó la policía, que irrumpió en el cementerio, viendo Hart con sorpresa que había allí de guardián uno de los miembros de la banda. Tras de evitar que tocase el teléfono y reducirlo a la impotencia, los policías atacaron con palas el suelo hasta desenterrar el féretro y entre todos los transportaron en volandas a casa del doctor Munsell.

Este hombre inmensamente rico, se paseaba vistiendo elegante batín por los salones de su palacio, cuando fué sorprendido por la invasión de aquella turba policiaca que traía un ataúd.

Se le explicó brevemente de lo que se trataba y él puso reparos alegando que sin orden del juez no podía intervenir.

Pero, mientras trataban de convencerlo manifestándole que la policía asumía toda la responsabilidad, fué abierto el féretro y, con enorme sorpresa de todos, en lugar de encontrar en él el cadáver de Arnold, vieron el ataúd lleno de drogas. Los traficantes habían encontrado en el cementerio un ingenioso escondrijo para sus mercancías prohibidas y aprovechaban los frecuentes entierros de sus numerosas víctimas para esconder bien las drogas.

—¡Narcóticos!—exclamó Hart—. Por lo visto tienen repleto el cementerio. Vamos a volver allí y nos pasaremos toda la noche cavando. Será la aprehensión mayor que se haya realizado jamás.

CONCLUSION

Una vez despachado aquel asunto, la mañana siguiente se apresuró Hart a ocuparse de su adorada Julie.

Pero ésta no estaba ya en la fonda donde él la había dejado. Allí le explicaron que se había indisputado y había sido trasla-

dada a un hospital. Inmediatamente intentó telefonear al capitán, encontrando la línea ocupada, y encargó al camarero que avisase, en cuanto hubiese comunicación, a la inspección de policía que marchaba al hospital y que enviasen a él varios agentes.

Pero el camarero pertenecía a la banda e inmediatamente se puso en comunicación con ella, avisándole de cuanto ocurría.

De manera que, cuando Hart llegó al hospital, sumamente inquieto y temeroso de que Steiner asesinase también a su amada, ya lo estaban esperando.

—¿Está miss Arnold en el hospital?—preguntó lleno de inquietud. Y, ante la respuesta afirmativa, añadió:

—Míster Quinn desea verla.

—Está bien, míster Quinn, puede usted pasar a la celda número 40, en el segundo piso.

La pobre Julie había caído en poder de los bandidos y se encontraba sujeta en un lecho bajo la feroz vigilancia de Edwards. Es cuanto a su novio, una vez en la celda donde esperaba encontrar a su amada, fué sorprendido por varios enfermeros y atado violentamente sobre una mesa de operaciones, ante la que no tardó en presentarse un doctor vistiendo la indumentaria clínica indicada para las intervenciones quirúrgicas.

—¡Suélteme usted, miserable!—le increpó violentamente.

—No es posible, porque me veo en la precisión de operarle—le contestó el bandido con su risita sarcástica.

—Sé que para operar a un paciente es necesario su consentimiento.

—Como tenía la seguridad de que se presentaría esta ocasión, hace días que tenía en mi poder su autorización de usted en regla—le contestó burlón mostrándole un documento.

—Pero será falsificada.

—¿Qué más da? Pero me servirá de justificación.

—Yo le aseguro a usted—le increpó Hart—, que vivo o muerto yo, esta carnicería no existirá mañana.

—Ni usted tampoco existirá... Pero me extraña que dude usted de la moralidad de este establecimiento sumamente acreditado... Todo funciona aquí en regla y conforme con la ley... Pero voy a ver si podrá usted resistir el anestésico. Hay pacientes que no pueden soportarlo y la operación resulta sumamente dolorosa... Le noto a usted el corazón un poco trémulo...

—¡Mientes, canalla!—gritó el policía al ver que se dudaba de su valor.

—Temo que no va a poder resistir el éter y le aplicaré un anestésico local. Una pequeña inyección de cocaína.

—Con la que les arrebatamos anoche en el cementerio, no creo que le quede mucha... ¿A cuántos has matado para introducir en el país tanto narcótico?... ¡La aprehensión de anoche representa un capital!

—La fuente es inagotable, amigo mío.

—Pero en adelante les va a ser mucho más difícil obtenerlas.

—Me acordaré de ello cuando le esté operando a usted—manifestó con sorna terriblemente amenazadora el infame doctor.

—No se olvide usted—manifestó Hart—de que anoche arrebatamos a Henderson... y que la secreta le está haciendo cantar... y que, cuando terminen con él, sabrán quién es usted.

—Lo que se ignora no se puede decir—replicó sarcástico el doctor, que no dejaba ver más que los ojos, cubierta toda su cara por la capucha de los operadores.

—¿Quién era, pues, aquel hombre? ¿Sería Steiner, como sospechaba Hert? Indudablemente era el misterioso misterio K., entre cuyas manos inexorables se encontraba.

—¿No se le ha ocurrido a usted, mister Hart — le preguntó a continuación recreándose en atormentarle moralmente mientras lo hacía de un modo material—, que un crimen puede ser cometido impunemente si se busca un lugar apropiado?... Por ejemplo, supongamos que yo le clavara a usted un cuchillo en plena calle... Me harían preguntas importunas... Pero, si yo le atraveso con mi cuchillo aquí, en la mesa de operaciones, no ocurrirá nada desagradable para mí.

—No estoy muy cierto de eso, doctor...

—Steiner—completó el médico.

—¡Oh, no! Su nombre de usted es K.

Se oyó la risita del doctor que avisó por teléfono:

—Edwards, puede usted bajar ya. La operación va a comenzar.

Después le manifestó al atribulado paciente:

—Es una fortuna para usted. Va usted a verse operar, lo que no ocurre con frecuencia. Lo sensible es que no podrá contarlo más tarde. Dispóngase si me veo obligado a romperle la camisa. Bueno. Primero se tratará de incisiones superficiales en las que el dolor no será del todo insufrible. Cuando principie a cortar dentro, experimentará usted una nueva sensación... Pero creo que fué Nietzsche quien afirmó que los dolores intensos ocasionan el éxtasis. Veremos si es verdad o fué una afirmación necia. En cuanto a mí, sé que llegaré al éxtasis haciéndole sufrir...

Y, mientras hablaba, iba cortando con su bisturí con incisiones superficiales que hacían que el paciente se estremeciese de do-

lor, horrorizado al pensar en los que le ocasionarían, hasta causarle la muerte, las incisiones profundas que vendrían después...

En esto, se presentó una mujer, envuelta también en el disfraz operatorio.

—Llega usted a tiempo, Edwards—dijo el doctor.

—Lo siento—le contestó aquella mujer—, pero Edwards no puede venir... Soy la hija del hombre que usted asesinó...

Y, ante aquel espectro acusador, viendo que todo se volvía contra él y atemorizado por aquella incógnita, el doctor quiso acabar de una vez y levantó amenazador el cuchillo para asesinar de un solo golpe al policía...

Pero aquella mujer, Julie, la hija de Arnold, al ver a su amado víctima de tan horrible amenaza, rápidamente apuntó con un revólver y disparó sobre el médico, matándolo.

Después ayudó rápidamente a desatarse a Hart.

—¿Qué ha ocurrido, Julie? ¿Dónde está Edwards?—inquirió asombrado, Hart.

—No sé cómo pudo ser — contestó ella —. Pero encontré al alcance de mi mano una esponja impregnada de cloroformo y aceré a anestesiarla, acudiendo en tu socorro.

Una vez libre, Hart se apresuró a reconocer a la víctima, que se encontraba en el suelo a sus pies. Estaba bien muerto el infame. Seguramente le había atravesado el proyectil el corazón.

Pero entonces se despertó en el policía una curiosidad invencible. ¿Quién era aquel hombre, el infame misterio K?

Descubrió su cara...

Y, con un ligero esfuerzo de imaginación, la adivinó con barba y sin ellas. Con las encrespadas barbas del doctor Steiner, que no eran sino un disfraz, y con la cara redonda, juvenil, y toda afeitada de...

Con la cara del doctor Munsell, del hombre inmensamente rico y prestigioso, que había ofrecido 25.000 dólares a quien descubriese la personalidad de misterio K. que era la de él mismo.

FIN

100

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, Adolphe Menjou, etc.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon, etc.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.
MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Horbiger y Lucie Englisch.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.
SU GRAN SACRIFICIO por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.

Acaban de aparecer en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

PRIMAVERA EN OTOÑO

por Catalina Bárcena y Raoul Roulien

— y —

EL HIJO DEL DESTINO

por Ramón Novarro

E. B.